

CRÓNICAS DE LA INDEPENDENCIA:

Las Memorias del Coronel Francés André Delagrave, Ayuda de Campo del General Junot, Duque de Abrantes, durante el Asedio de Astorga, Abril de 1810.

Arsenio García Fuertes

En el verano del año 2000 inspeccionando, con la minuciosidad y paciencia que requiere el oficio de historiador, tan ajeno a los tiempos que vivimos, la hermosa y decimonónica biblioteca del Museo del Ejército en Madrid, encontré las memorias, prácticamente desconocidas, de un oficial francés que había servido en la Península durante la Guerra de Independencia española, tituladas:

“Memoires du Colonel Delagrave. Campagne du Portugal 1810-1811. Pàris, Librairie CH. Delagrave. 1902.”

Digo desconocidas porque, que yo sepa, esta es la primera vez que se traducen al Español y se ponen al alcance del lector en el presente trabajo. Recuerdo la satisfacción y emoción (que sólo aquel que sea historiador puede entender) cuando ojeando rápidamente el viejo volumen publicado en París en 1902 encontré (gracias al francés que me enseñó mi Maestro don Vicente durante la EGB en el Colegio Público Angel González Alvarez) que este militar de Estado Mayor, había servido en las tropas imperiales que habían asediado Astorga en Abril de 1810.

Mi alegría se multiplicó cuando pude leer apresuradamente que André Delagrave había, nada menos, que mandado en persona las tropas de asalto francesas que atacaron la brecha abierta por la artillería napoleónica en la cabecera de la Catedral. Es más, el relato describía, con todo lujo de detalles, los feroces combates que allí tuvieron lugar. En particular el hecho, no muy conocido, de que la artillería y los fusileros franceses habían acribillado, ex profeso, con su fuego las naves y ventanales de Catedral astorgana para prevenir que los españoles defendieran desde sus alturas los accesos a la brecha.

El asedio francés de Astorga apenas se conoce por el relato del propio Brigadier José M^a de Santocildes publicado en 1815 en Madrid y que recogido por Matías Rodríguez en su, aún no superada, Historia de Astorga es, aún hoy, el único relato a mano para conocer aquellos sucesos. Este trabajo que ahora publicamos no es una historia del Asedio francés de 1810, solamente aspira a lo que es: publicar por primera vez y dar a la luz el extracto, traducido al español, de las memorias de este militar francés que luchó sobre la “brecha” tras atravesar lo que hoy es la Estación de Autobuses y el Parque del Melgar en medio de la lluvia de fuego que los fusileros leoneses y gallegos les dirigían desde las murallas.

La historia del Asedio francés de 1810, con sus innumerables relatos: los combates casa por casa en Puerta de Rey ascendiendo la “Cuesta del Santana”, la lucha en el Convento de Santa Clara, en el Mesón de San Andrés, los asaltos a la bayoneta en el “barrero” y Rectivía, las señales de telégrafo visual, que localizamos hace tres años en una carpeta del Servicio Histórico Militar de Madrid, con las que Santocildes se comunicaba desde el campanario de la Catedral con las tropas españolas en Foncebadón...

... todos esos hechos esperaremos a poder contarlos algún día por extenso y en detalle en una monografía.

Una dificultad más se nos presentó, aquella mañana de verano en Madrid, cuando la bibliotecaria del Museo del Ejército se negó a fotocopiar las 10 páginas del relato de Delagrave sobre el Asedio de Astorga aduciendo, la ridícula excusa, de que dañaría el papel original (una Edición de 1902 en perfecto estado, con un papel de inmejorable calidad y un libro que tenía el aspecto, por el polvo que acumulaba, de haberse abierto muy pocas veces, por no decir ninguna). Así una operación que se hubiera podido resolver con buena voluntad en 2 minutos me obligó a pasar dos mañanas copiando a mano y en francés dicho relato. No habría nada que decir si no estuviésemos ya el siglo XXI y no en el XIX.

El relato de André Delagrave está escrito en un francés claro y sencillo, el lenguaje de un soldado que aspira a relatar sin florituras de estilo aquellos sucesos que vivió y contempló. Su traducción nos ha sido relativamente sencilla y desde luego gratificante al relatarnos aquellos famosos hechos para los astorganos, pero ahora vistos desde el lado francés.

Cuando el lector camine por la zona de la brecha, en la cabecera de la Catedral, por la que hoy se accede a través de una escalera metálica hacia el parque del Melgar y la Estación de Autobuses actuales, podrá rememorar lo que allí sucedió hace unos 192 años.

I BIOGRAFÍA DEL CORONEL ANDRÉ DELAGRAVE

Nace en Argenton-sur-Creuse el 30 de diciembre de 1774 en el seno de una familia de la burguesía media, su padre es Notario de la localidad. Comenzada la Revolución francesa se alista en el 2º Batallón de Voluntarios de Indre, el 18 de noviembre de 1792, con apenas 18 años. Es un simple soldado raso.

Cinco años después, se encuentra destacado en el ejército francés de Alemania nada menos que ascendido ya, por méritos de guerra, al grado de Capitán. Entre 1804 y 1805 André Delagrave estuvo acantonado en Boulogne, en el ejército de invasión que preparaba el asalto a Gran Bretaña; la flota franco española que había de hacerles cruzar el Canal de la Mancha nunca llegaría, al ser derrotada en el sur de Europa en el cabo de Trafalgar ese mismo año de 1805.

En 1806 se encuentra con las tropas francesas que combaten en Italia contra los Austriacos; pasa al año siguiente a la Península Ibérica con las tropas del general Junot que, en virtud del Tratado de Fontainebleau, tenían permiso para atravesar España e invadir Portugal.

Tras la revuelta patriota de España, entre 1808 y 1810 se encuentra combatiendo contra las tropas españolas, en particular destacará su actuación durante el Asedio de Astorga en abril de 1810. En 1811 combate con el ejército francés en la fallida invasión de Portugal.

En 1812 es reclamado para la invasión napoleónica de Rusia; en la batalla de Moscova del 7 de septiembre es dado por muerto, al ser visto por última vez por sus compañeros combatiendo sólo contra cuatro húsares rusos. Sin embargo, sobrevivió y fue hecho prisionero.

Regresa en septiembre de 1814 a Francia. Se retira en 1822 del ejército con 48 años de edad y el grado de Coronel. André Delagrave moriría en Argenton el 17 de marzo de 1849 a la considerable, para la época, edad de 75 años.

Durante su vejez escribiría sus memorias de soldado, aunque extrañamente sólo las referidas a sus campañas en España y Portugal entre 1810 y 1811; tal vez en recuerdo de las terribles experiencias y penalidades que en ellas tuvo que afrontar.

Su manuscrito nunca vería la luz hasta que en 1902 sus herederos lo publicaron en una pequeña edición en París.

II INTRODUCCIÓN HISTÓRICA

Tras casi dos años de cruenta Guerra de Independencia, Napoleón no ha conseguido dominar la Península Ibérica. El trono español de su hermano José I Bonaparte se asienta apenas gracias a las bayonetas de las tropas imperiales que se desgastan en una sangrienta e inacabable guerra.

En efecto, tras el espejismo de Bailén, los pequeños ejércitos españoles han sido derrotados continuamente durante los dos primeros años de conflicto. Sin embargo, gracias al apoyo del pueblo vuelven a reorganizarse, ajenos a cualquier desaliento, y siguen haciendo frente a las tropas imperiales por toda la accidentada geografía peninsular.

El apoyo continuo de los británicos desde los puertos de Galicia con armas, dinero y todo tipo de material bélico, contribuyen a sostener la causa patriota. Además, desde Portugal un pequeño pero bien equipado ejército británico ha conseguido libertar el país vecino de la presencia francesa, y, apoya continuamente a lo soldados y guerrilleros españoles en su lucha.

Decidido de una vez por todas a acabar con

la resistencia española, Napoleón decide desde París una nueva invasión de Portugal a fin de aplastar a los británicos y cortar de raíz toda ayuda a la España patriota. Para ello había que tomar primero dos pequeñas ciudades casi desconocidas pero ocupadas por tropas españolas decididas a vender cara su piel: Astorga y Ciudad Rodrigo; sin capturarlas primero las tropas imperiales no podían adentrarse en Portugal.

Resistiendo los españoles en Asturias y Galicia, Astorga había vuelto a manos españolas en el verano de 1809 tras la desastrosa retirada francesa de Galicia.

Retirada en la que el mariscal Ney descargó su derrota y su furia incendiando y saqueando todos los pueblos del Camino Real desde el Bierzo hasta Astorga. Llegado a nuestra ciudad obligaría a los canónigos astorganos, ateo y revolucionario como era, a celebrarle solemne misa en la Catedral a él y a todo su Estado Mayor.

Atrincheradas en los montes de Foncebadón y Manzanal las débiles tropas españolas del Brigadier de la Armada Don Juan José García vislumbraban en la lejanía las murallas de Astorga. El alto mando español decidió reocupar la ciudad con una guarnición de sus 2.500 mejores soldados leoneses y gallegos, a fin de que actuara como rompeolas ante cualquier nuevo intento francés por volver a invadir Galicia.

Era casi una misión suicida, el destino de las tropas españolas de Astorga si eran asediadas por el Ejército francés estaba sellado, no podían ser socorridas. Su éxito radicaría en que fueran capaces de resistir el mayor tiempo posible para desgastar a las tropas imperiales y dar tiempo a las tropas españolas de Galicia y a las británico-lusas de Portugal a preparar mejor la defensa.

A comienzos de 1810 las tropas francesas que ocupaban León se vieron reforzadas por los más de 20.000 hombres del VIII Cuerpo de Ejército del mariscal Junot. Aquí comienza el relato de primera mano de este militar francés, Ayuda de Campo de Junot, que encabezó la columna de ataque francesa que asaltó la brecha en la cabecera de la Catedral y fue protagonista, y cronista, de los feroces combates que allí tuvieron lugar el 21 y 22 de abril de 1810. Ferocidad, hombría y valor de dos naciones que alcanzarían el reconocimiento de llevar el nombre de Astorga junto al de Viena, Moscú o Austerlitz al Arco de Triunfo de París.

III

Memoires du Colonel Delagrave. Campagne du Portugal 1810-1811. Paris, Librairie CH. Delagrave. 1902. (Capítulo II, Asedio de Astorga, pags.23-28).

(Traducción del Autor).

“...Astorga había sido puesta en un buen estado defensa, esta Plaza que no disponía mas que de una vieja muralla, una antigua construcción de los moros, se encontraba en estado de sostener un asedio regular. Había sido cuidadosamente aprovisionada de víveres, y armada de numerosas piezas de cañón servidas por excelentes artilleros navales sacados de las plazas de la Coruña y el Ferrol; provista de una fuerte guarnición y confiada a un Gobernador

que tenía, de su parte, la reputación de ser un jefe valiente y hábil.¹

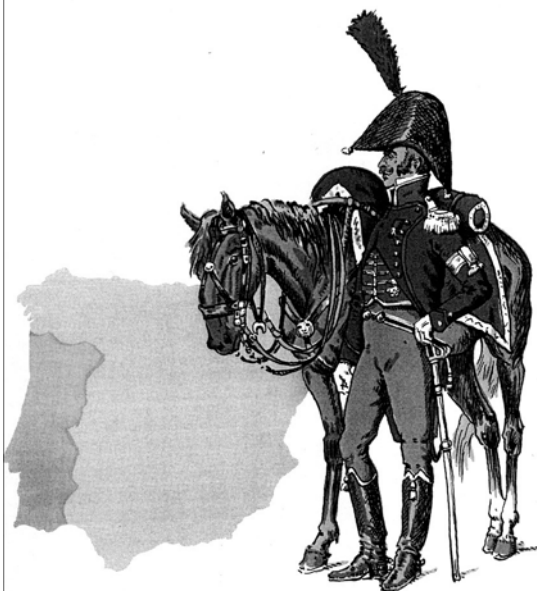
Era importante para los franceses ocupar esta Plaza que les abriría, como el tapón descorchado de una botella, el paso al norte de Portugal, además, su posesión facilitaba a los españoles el hostigar sin cesar a buena parte de las provincias de Castilla, de León y de Asturias en manos francesas.

Asedio de Astorga.

Monseñor el Duque de Abrantes, recibió en los primeros días de Abril la orden de comenzar el asedio y apoderarse de la Ciudad. Estable-

MÉMOIRES DU COLONEL DELAGRAVE

SUR LA CAMPAGNE DU PORTUGAL - 1810-1811.



Portada de la reedición francesa de 1997.

cer el cerco no costó más que algunas escaramuzas. El enemigo se retiró por el camino hacia La Coruña, y se apostó a la altura de Villafranca, después de haber concertado con la Guarnición los medios de socorrerla cuando una larga resistencia la hubiera reducido al peligro de sucumbir.

Pero los buenos dispositivos franceses imposibilitaron cualquier intento. Mientras que una División estrechaba la Plaza y se ocupaba de los trabajos del Asedio, otras dos mantenían en jaque al enemigo y estaban prestas al combate si aquel se atrevía a iniciar un avance de socorro hacia Astorga.²

¹ En realidad, la guarnición estaba muy escasa de municiones, lo que a la larga, y a pesar de su brillante defensa, e imposibilitada de ser auxiliada desde el exterior del cerco francés, la obligaría a capitular.

² Parte de las tropas del 8º Cuerpo de Junot se encontraban de observación sobre Manzanal y Foncebadón a cuatro leguas de Astorga, antigua ruta a Galicia, en la cordillera que separa el valle del Sil y el del Orbigo. Allí hacían frente a las débiles tropas españolas del Brigadier Juan José García que apenas podían prestar ningún auxilio a Santocildes en Astorga y se limitaban a impedir la entrada francesa hacia el Bierzo.

El punto de ataque fue elegido sobre el lado de la ciudad que mira hacia el oeste. Este abarcaba toda la extensión que da hacia este punto cardinal, abrazando todo el terreno que se encuentra entre dos arrabales que la flanqueaban al sur y al norte³. Nuestras tropas se introdujeron en el situado a la izquierda del punto de ataque tras un vivo ataque⁴. Pero no se juzgó apropiado atacar el arrabal situado a la derecha, pues el enemigo se encontraba atrincherado en gran número en él⁵. Se estimó, por otra parte, que la ocupación de este arrabal por el enemigo no incomodaba demasiado los trabajos de Asedio.

La Trinchera fue abierta y muchas paralelas se levantaron en pocos días, a pesar de algunas salidas infructuosas de los españoles y de un intenso fuego desde la Plaza. Nuestra artillería tenía pocos medios a su disposición.⁶. Todos sus esfuerzos no habían conseguido mas que reunir 6 piezas de Asedio, en bastante mal estado, y dos morteros. Pero se confiaba en reducir, rápidamente, a pedazos una fortificación que su antigüedad aparentaba mostrar como poco respetable.

Muy al contrario, la fortificación nos reveló que tenía una solidez extraordinaria al mostrarnos que, tras un fuego muy nutrido, la muralla no presentaba más que débiles daños. El enemigo replicaba con mucha vivacidad y puntería mostrando continuamente un gran ardor y la mayor resolución. Además de confiar en sus medios de defensa, estaba envalentonado por la cercanía de un ejército con el cual se comunicaba por medio de señales establecidas entre las montañas y la parte más alta de la Ciudad.

La artillería, tras 48 horas de fuego, comunicó que una parte de las piezas estaban ya fuera de servicio e inutilizadas; se juzgó que la brecha podría ser practicable y se dispuso todo para dar el asalto.

Un batallón de seis Compañías de granaderos y voltigeurs⁷ fue formado para este ataque, y el señor Duque de Abrantes ofreció el mando a uno de sus Ayudas de Campo, el cual lo aceptó con entusiasmo.⁸

³ Puerta de Rey y Rectivía.

⁴ Puerta de Rey.

⁵ Rectivía.

⁶ Al principio el jefe de batallón Noël, estaba al mando de la artillería de la División. Claussel no disponía, para comenzar el Asedio, más que de una Compañía de artillería a caballo, un destacamento de Artillería a pie, y algunas piezas de 4 libras. La mayor parte de la artillería del 8º Cuerpo habían quedado en Bayona a la espera de caballerías para su transporte. Valazé, Comandante de Ingenieros, no disponía para su empleo más que de cuatro oficiales y 30 zapadores con muy pocas herramientas.

⁷ Soldados de élite.

⁸ Aquí, la modestia de Delagrave es muy loable, al no nombrarse así mismo. La Duquesa de Abrantes escribió en sus Memorias (Volumen 13, pag. 93) : “ La brecha es tomada por el batallón de élite a las órdenes del señor Delagrave, Ayuda de Campo del Duque, tan bueno como valeroso y excelente hombre, tan leal como intrépido, y hombre de habilidad en su profesión de soldado. Junot le tenía en gran estima, como yo. Es una gran fortuna para un General en jefe tener un oficial como el señor Delagrave en su Estado Mayor”.

El lugar de ataque sobre la brecha había sido bastante mal elegido. Se situaba en una parte de la muralla que estaba adosada a la Catedral, de suerte que todas las balas de cañón que no acertaban la muralla iban a alcanzar, amortiguando su impacto, el muro de este vasto y sólido edificio. Este lugar ofrecía otros inconvenientes más graves aún: para llegar hasta la brecha era preciso atravesar una zona bajo el fuego de un gran edificio existente en el arrabal de la derecha, en el que el enemigo había practicado aspilleras y había guarnecido de hábiles tiradores⁹. Se hubieran evitado todos estos inconvenientes si se hubiera establecido el lugar de la brecha unas cuarenta toesas más a la izquierda; pero se supuso que en esta parte el espacio al pie de la muralla ofrecía demasiadas y grandes dificultades. Se descubrió, demasiado tarde, que el terreno había sido mal reconocido y debido a ello la acción de nuestra artillería tuvo poca eficacia.

Como siempre es una acción aventurada y arriesgada el trepar con muchas penalidades sobre una muralla contra hombres bien resueltos a defenderse, el general en jefe quiso hacer entender a la guarnición que le aseguraba un buen trato si quería rendirse; envió a un soldado hecho prisionero en una salida, la noche anterior, con la orden de hacer conocer sus intenciones al Gobernador.¹⁰ Este envió a un oficial para tratar de la capitulación. Pero el Gobernador español planteó condiciones tan altivas y tan fuera de lugar que el emisario fue despedido sin contemplaciones, con la orden de advertir al Gobernador que las ordenes para el asalto estaban dadas para dentro de cuatro horas y que la Ciudad y la Guarnición serían tratadas sin piedad, si se exponían a este último extremo.

Un cuarto de hora después, se pudo oír por toda respuesta un disparo de cañón tan bien dirigido sobre el lugar de la trinchera donde este oficial había sido recibido por el General en Jefe Junot y todo su Estado Mayor, que de no ser por algunos sacos de tierra, habría infaliblemente matado a muchas personas.

La bala de cañón pasó cerca del sombrero del señor Duque de Abrantes.¹¹ Se vio lo que se podía esperar de personas que respondían con tanta insolencia y deslealtad a unas proposiciones dictadas por la generosidad y humanidad.

Las tropas destinadas para el asalto no esperaban más que la hora convenida para darlo. He aquí de que manera el Oficial al mando las tenía dispuestas: La 1ª Compañía, situada en la última paralela, debía lanzarse a su mando y correr hacia la muralla; otra de las compañías debía de reemplazarla inmediatamente y seguir enseguida los pasos de la primera, y las otras sucesivamente a un mismo tiempo. Dos compañías más, situadas frente al arrabal de la iz-

quierda¹², debían de dirigirse vivamente a los pies del muralla, bordeándola hasta la brecha y uniéndose a las otras compañías asaltantes. Todo esto fue ejecutado con tanto coraje como decisión. Había aproximadamente unas cien toesas¹³ desde la paralela hasta la brecha, y para llegar a sus pies, era necesario no solamente afrontar todo el fuego hecho desde la muralla, sino también el que se realizaba desde el gran caserón del arrabal de la derecha, el cual enfilaba toda la zona. El fuego de fusilería que partía desde esta casa era tan mortífero que toda comunicación entre la trinchera y la brecha llegaba a ser imposible.

Llegados a los pies del muro, se encontró otra dificultad, la brecha estaba tan inaccesible y escarpada que no se podía ascender más que de uno en uno, y aún dándose la mano y sosteniéndose los soldados unos a otros. Este obstáculo hubiera rechazado a la más numerosa hueste de soldados si no se les hubiese excitado con las voces de mando y el ejemplo de sus oficiales.

Tras esto, nos encontramos además con la situación más embarazosa y llena de peligro que era posible imaginar: la muralla, en este lugar, no tenía más que la anchura de un muro, cuya cresta, aguzada por el derrumbamiento de la mampostería formaba un talud sobre el que apenas podía uno mantenerse en pie; el enemigo lo había ensanchado algunos pasos a derecha e izquierda; a la derecha se hallaba súbitamente interrumpido por una pared de más de diez pies de alto¹⁴, y a la izquierda por tres estacadas construidas las unas tras de las otras, a unos 15 pasos de la brecha, y desde donde el enemigo disparaba con una ventaja cierta sobre todo aquel que desembocaba desde la muralla.

El primer movimiento de los asaltantes tras coronar la brecha fue el de precipitarse en las ruinas de una casa situada al pie de la muralla con la esperanza de quedar a cubierto del fuego del enemigo y, al mismo tiempo, intentar avanzar más hacia el interior. Sin embargo, los españoles lo habían previsto y habían tapiado todas sus puertas y ventanas.¹⁵

La única calle por la que se podía avanzar estaba barricada por una enorme estacada de sillares de piedra, de seis pies de altura¹⁶, horadada por aspilleras, troneras, y sostenida por varias piezas de artillería.

Entretanto el enemigo ocupaba una casa a la izquierda de las ruinas en las que nuestra gente se hallaba resguardada cuerpo a tierra, y desde la que les dominaba con una superioridad a la que nada podíamos oponer, con el resultado de que casi todos nuestros soldados fueron muertos.

No quedaba más recurso que extenderse por el borde de aquel callejón sin salida que formaba la muralla a la derecha de la brecha, esta era

un espacio de unos quince pies de largo por tres de ancho¹⁷. Los soldados, a medida que ascendían, se lanzaban desde esta altura, y el espacio estuvo en poco tiempo tan lleno que apenas entraban ni podían moverse más hombres.

Podemos imaginar la devastación hecha por el fuego enemigo sobre semejante amontonamiento de soldados en el que todos los disparos hallaban su blanco. En menos de una hora, hubo cerca de doscientos hombres fuera de combate solamente en este lugar. Era imposible permanecer mucho tiempo más en una posición que no ofrecía más perspectiva que una muerte cierta. No había más que dos medios de salir de allí: o ocupar la empalizada desde la que el enemigo nos acibillaba impunemente, o bien atrincherarse sobre la brecha misma, extendiéndose por su borde hasta que se pudieran encontrar los medios de penetrar más hacia delante.

Se intentó lo primero, vanamente, en tres ocasiones; a pesar de lo escarpado de la brecha y de la poca anchura de la muralla, por tres ocasiones los valientes granaderos atacaron la estacada sin poder atravesarla.¹⁸

Si se piensa que ya llevábamos dos horas en esta crítica posición sin visos de que mejorara, y que al contrario se volvía, cada vez, más y más peligrosa, se debe de reconocer que se mostró un coraje y firmeza poco comunes para no abandonar¹⁹.

Una pequeña acción fracasada tuvo fatales consecuencias. Algunos trabajadores que se habían enviado para unirse a los asaltantes con sus herramientas y escalas (pues se había juzgado, desde las trincheras, que la brecha tenía un acceso demasiado difícil) huyeron a todo correr. Aquellos que conocen la moral del soldado y los avatares de la guerra saben a donde puede llevar y lo que significa un buen o mal ejemplo en un momento difícil. Temimos que una retirada de algunos individuos llevase a una huida general, tanto más cuando aquellos que se sostenían en lo alto de la brecha creyeron, durante un momento, que una parte de sus compañeros les estaban abandonando. Pero aguantaron, convencidos de que la cobardía que les podía hacer retroceder no estaba en su ánimo.

No había, pues, más partido que tomar que el atrincherarse sobre la brecha misma. Pero ello era algo muy difícil de realizar sobre la cresta de un muro que se desmoronaba sin cesar sobre su base y donde se estaba al descubierto a veinte pasos del enemigo; no se disponía ni de sacos de tierra, ni de cestones, ni de nada de lo necesario para tal fin; a no ser la intrepidez y el valor.

Algunos bravos granaderos, llenos de una

¹⁷ Un reducido espacio de 5 mt de largo por 1 mt de ancho.

¹⁸ En un feroz cuerpo a cuerpo al arma blanca un destacamento escogido entre los mejores soldados de los regimientos leoneses y gallegos les rechazaban. Aquí se haría famoso el soldado gallego Manuel Lamela que, tras perder un ojo, empuñó su bayoneta a guisa de navaja y mató a un oficial y a varios soldados franceses.

¹⁹ Así lo reconoció el propio Santocildes en su relato del Asedio de Astorga publicado en 1815 en el que alabó el valor y coraje de las tropas francesas.

⁹ Se trataba del antiguo Colegio de los "Niños Seises" del Coro de la Catedral situado sobre el actual Parque del Aljibe.

¹⁰ El emisario de Junot se trataba de un cabo español apresado en la villa de Foncevadón; el jefe del 8º Cuerpo creía que un oficial parlamentario sería degollado por la población fanatizada.

¹¹ La Duquesa de Abrantes escribe, en sus Memorias, que esto se debió a una bala de fusil.

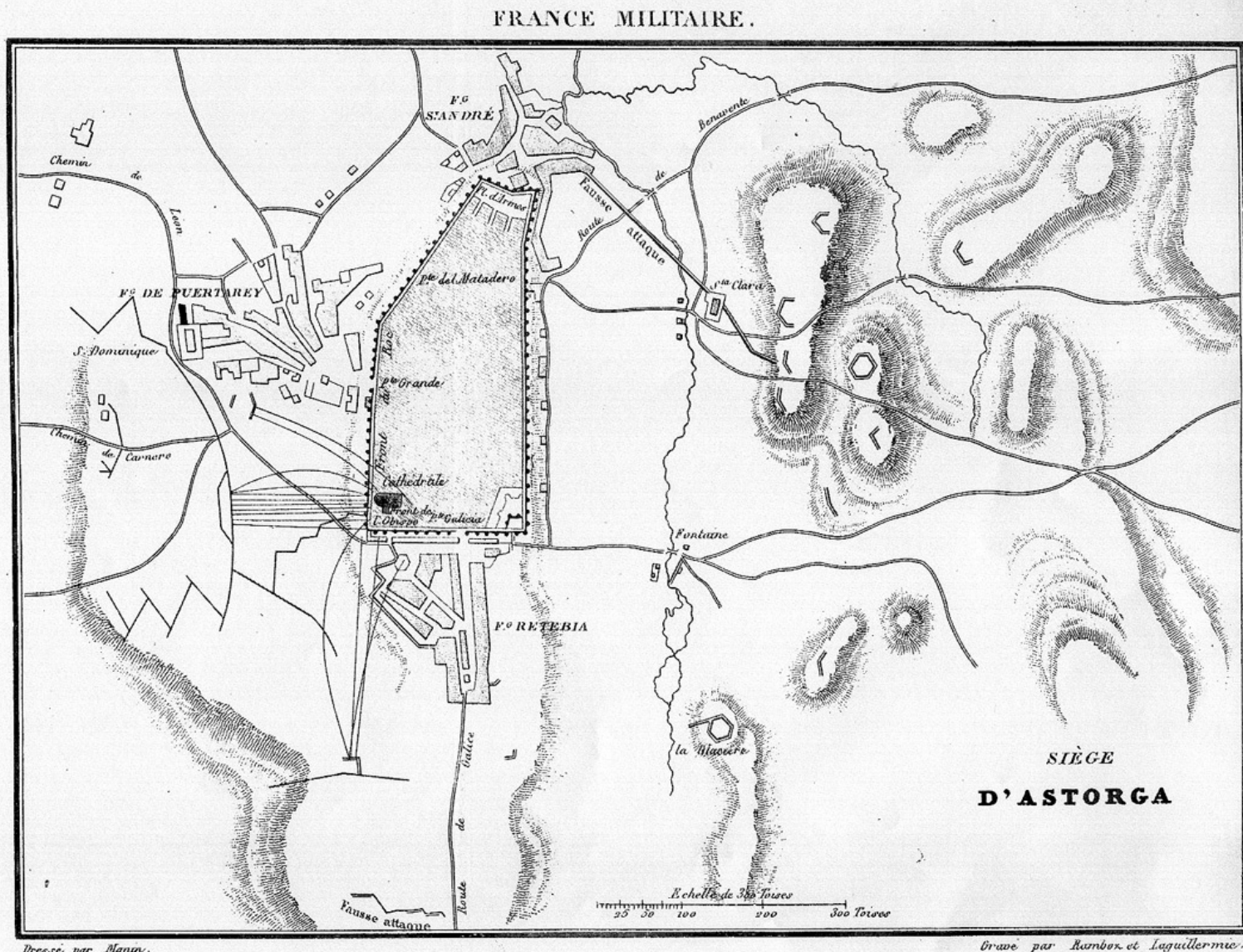
¹² El Arrabal de "Restibía" (en el original francés) hacia el Oeste.

¹³ Unos 150 metros. Una Toesa mide 1,496 mt.

¹⁴ Unos 3 mt.

¹⁵ Algunos soldados de ingenieros, arengados por los capitanes Harlen y Borel-Vivier, forzaron la entrada a esta casa. Murieron todos salvo los dos oficiales.

¹⁶ 1,8 mt.



admirable abnegación, cogieron espontáneamente sus mochilas para hacer la base de un parapeto que se pudiera ir levantando, y en menos de media hora, con estas mochilas, piedras, tierra y todo aquello que se encontraba al alcance de la mano, se pudieron poner un poco a resguardo, respondiendo con viveza, y con algo menos de desventaja.

La noche que, entretanto, llegó, nos fue también de alguna utilidad. La oscuridad hizo menos acertado el fuego enemigo y la comunicación entre la brecha y la trinchera un poco más fácil. Se pudo hacer llegar algunos sacos de tierra que sirvieron para dar más solidez y elevación al parapeto y hacia las diez de la noche este tenía la altura suficiente para poder cubrir lo bastante bien el estrecho lugar de la muralla donde nuestras tropas permanecían apostadas.

No obstante, durante toda la noche, no cesó de hacerse fuego con gran vivacidad entre los contendientes, aunque al menos lo sufríamos de una manera un poco menos mortífera que durante el día.

La única inquietud que le quedaba a los asaltantes era que el enemigo colocase tiradores en las ventanas, torres y galerías de la Catedral, desde la que podían dominar enteramente la brecha; con que solamente nos hubieran arrojado piedras habrían aplastado a todos aquellos que estábamos debajo. Afortunadamente la idea no se les ocurrió o no lo intenta-

ron. Para disuadir al enemigo de ello se tomó la precaución de disparar constantemente contra las ventanas y sobre todas las aberturas de la Catedral; el silbido y choque de las balas, en medio de la noche, contra este edificio gigantesco y sonoro, contribuía a desmoralizar al enemigo, ya intimidado por nuestra firmeza, y a impedirle aprovecharse de esta posición que le había dado tantas ventajas sobre nosotros.

Mientras que una parte de los asaltantes estaban ocupados disparando, la otra trabajaba con gran ardor quitando escombros de la brecha, para hacerla más practicable y abrir un camino para penetrar en la ciudad y establecerse en una casa que se situaba a nuestra izquierda.

Comenzaría entonces una guerra casa por casa, y la experiencia que habíamos adquirido en Zaragoza nos daba la esperanza de vencer por este medio la terca resistencia de los asediados.

Durante este tiempo, las tropas de las trincheras trabajaban con igual ardor en establecer una vía de comunicación hasta el pie de la muralla, de manera que, al día siguiente, al amanecer, las tropas que estaban sobre la brecha, con más de la mitad de sus efectivos fuera de combate tras una lucha de doce horas, pudieran ser reforzadas y reemprender el ataque al interior de la Plaza.

El fuego de fusil tan denso desde el gran edi-

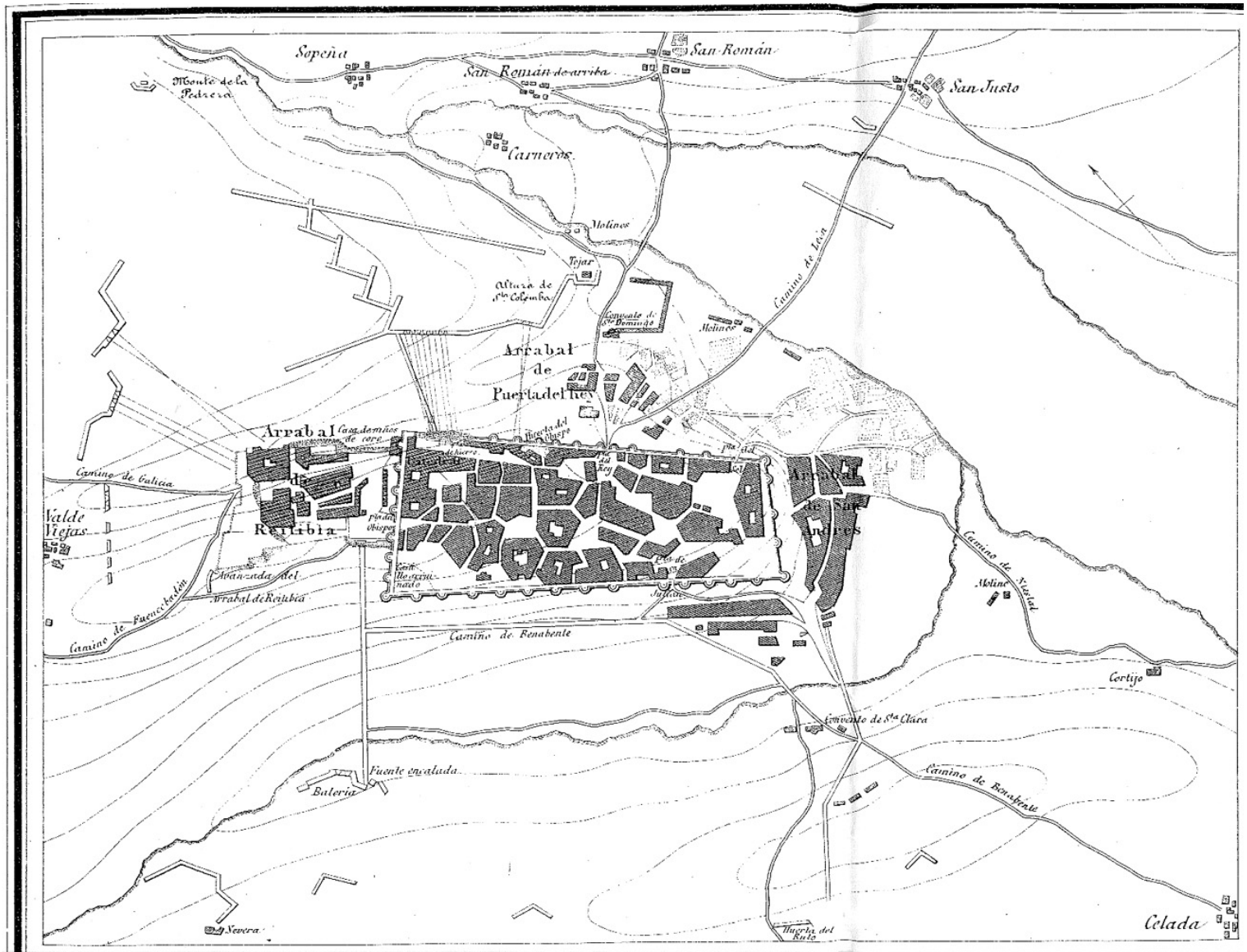
ficio situado en el arrabal de la derecha llegaba a los zapadores por su flanco y les causaba numerosas bajas. A pesar de este obstáculo, fue concluida antes del amanecer, con un gran trabajo y perfecto acabado, la trinchera de comunicación.

Todas estas disposiciones intimidaron al enemigo de tal manera que no osó llevar más lejos su resistencia. Al despuntar el alba el Gobernador Santocildes ordenó al comandante de las tropas de la brecha que cesaran el fuego y pidió capitular.²⁰ Se le permitió enviar un parlamentario ante el Sr. Duque de Abrantes, que le exigió la inmediata rendición de la Plaza.

Nuestras tropas, en consecuencia, tomaron posesión de la ciudad a las diez de la mañana del 22 de abril, tras haber hecho deponer las armas a la guarnición, la cual fue conducida a Francia como prisionera de guerra.

Esta disponía aún de 4.500 hombres, todos ellos tropas bien vestidas y las mejor uniformadas de todas aquellas que hasta entonces ha-

²⁰ El 22 de abril, a la una de la madrugada, los oficiales de la guarnición reunidos en Consejo de Guerra, ante la falta de municiones para seguir resistiendo, reconocieron la imposibilidad de escapar con una salida general del cerco, pidieron capitular. Enseguida Santocildes hizo evacuar el Arrabal de Rectivía. Al alba se enarboló bandera blanca y el Teniente Coronel del regimiento de Lugo fue enviado en parlamento. Este oficial salió por la puerta del Obispo.



bíamos visto en España, sin contar el gran número de campesinos y ciudadanos armados a los que se dejó volver a sus ocupaciones diarias.²¹

Tal fue el final de este asedio, tras quince días de trinchera abierta. Aunque es cierto que comprendió una acción de poca importancia en medio de las grandes acciones de guerra que aquellos tiempos dieron testimonio, he creído un deber el rememorar sus circunstancias con algunos detalles, pues muestran de una manera memorable el valor y la inteligencia de los soldados franceses.

El ejército enemigo que estaba en la zona de Villafranca intentó vanamente entorpecer las operaciones de asedio. La división del general Claussel fue suficiente para contenerlos, y después de algunos ligeros combates las mismas fuerzas se volvieron para Galicia.

Tras esta expedición acabada en menos de veinte días, la mayor parte del 8º Cuerpo regresó hacia Valladolid...

Recientemente y gracias a una Dirección electrónica de Internet (www.lalivrechezvous.com), tuve la satisfacción de descubrir que esta rareza bibliográfica había sido reeditada en 1997 en París por C. Terana Editeur, ISBN 2-904 221-23-9.

Epílogo

Para culminar este trabajo y como simple y emotivo contrapunto al anterior relato francés, reproduzco la siguiente misiva de la Junta patriota gallega de Mondoñedo dirigida al general español de las fuerzas de Galicia Nicolás Mahy, referida a la caída de Astorga en manos francesas, tras una destacada y gloriosa defensa (respetamos la ortografía original de la época):

La Junta Provincial de Mondoñedo al General Nicolás Mahy acerca de la rendición de la Guarnición de Astorga, 12 de mayo de 1810.

“Excmo. Sr.

Lo que mas bibamente hirió el corazón de los componentes de esta Junta al oír la triste nueva de la rendición de Astorga fue el cuidado de la suerte que corrieron sus balientes Gobernador y digna Guarnición; la copia de la capitulación y carta de aquel que VE sirvió enviar a

esta Junta al mismo tiempo que le renueva una memoria tan triste, le hacen formar aún una idea mas grande, si es posible, del aprecio y estimación de que es deudora la Nación a unos Guerreros tan beneméritos de su Patria como defensores constantes de la Libertad de esta.

Sigue enviando esta Junta remesas de galleta, calzado y carnes a la División del Brigadier don Juan Moscoso a quien la junta tiene ofrecido proporcionar quantos auxilios tienen en su alcance, y ojalá fuesen estas capaces de poner aquellas tropas en estado de recobrar lo que por las pasadas desgracias han perdido...

Dios guarde a VE muchos años. Junta Provincial de Mondoñedo, 12 de mayo de 1810.

D José M^a de Moscoso y Quiroga, Vocal Vicesecretario. “

Colección Duque de Bailén, 1810, Caja 13, Legajo 17, Carpeta 22. Instituto de Historia y Cultura Militar, Madrid.

* Arsenio García Fuertes es historiador.

²¹ Entre estos 4.500 hombres, había 1.500 campesinos armados. Realmente la guarnición se componía de 2.890 soldados, de los que 217 habían sido bajas en combate. Los franceses tuvieron 160 muertos y 403 heridos.